



COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE I OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

(Continuacion)

Describe la ceremonia tal como la practicaban los chinchas. «Y cuando los señores morían, se juntaban los principales del valle y hacían grandes *lloros*, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedarse sin ningunos, y con atambores y flautas salían con sonos tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más a menudo, para provocar a llorar a los oyentes. Y habiendo llorado, hacían más sacrificios y supersticiones, teniendo sus pláticas con el demonio. Y después de hecho esto, y muérotose algunas de sus mujeres, los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que

iban a estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron y aún ahora lo acostumbran generalmente, que antes que los metían en las sepulturas *los lloran* cuatro o cinco o seis días, o diez, según es la persona del muerto, porque mientras más señor es, más honra se le hace y mayor sentimiento muestran, *llorándolo con grandes gemidos* y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fué valiente, *llévanlo con estos lloros*, contando sus hazañas, y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto a ella, y otros meten con él» (1).

Gomara refiriéndose a los indios del Rio de las Palmas en el Golfo de México dice de ellos: «Regalan mucho a sus hijos, y si se les mueren, tiznanse y *entiérranlo con grandes llantos*. Dúrales el luto un año, y lloran tres veces al día todos los del pueblo, y no se lavan los padres ni parientes en todo aquel tiempo» (2).

Dice que la misma costumbre la halló en Venezuela, (3), y en la descripción que da del entierro de los reyes de México cita la misma práctica (4).

Wallace en su descripción de las costumbres de los uaupés, del río Amazonas dice que lloran los muertos con grandes lamentaciones (5) y Von Sprix cuenta idéntica cosa de los omaguas (6) como lo hace también Raleigh de los tiuitiuas del Orinoco (7).

En su relación de los assiníboines, Smet dice: «la cere-

SMET, PIERRE J. de Western Missions and Missionaries. p. 243. New York, 1863.

(1) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXIII.

(2) Historia de las Indias. ob. cit. p. 182.

(3) Historia de las Indias. ob. cit. p. 203.

(4) Historia de las Indias. ob. cit. p. 436.

(5) Travels on the Amazon. ob. cit. Cap. XVII.

(6) SPRIX UND MARTINS. Reise in Brasil. 1820.

(7) Discovery of Guiana. ob. cit. p. 70.

monia de enterrar a los muertos termina con lágrimas, llores, lamentaciones y maceraciones de la carne».

Los indios choctaw de Louisiana lloraban sus muertos y al final del duelo, que duraba, según la edad y categoría del difunto, tres, seis o aún doce meses, notificaban a los del grupo que ya debía de terminar. Por tres días seguidos lloraban o plañían tres veces al día y pasado este tiempo celebraban una gran fiesta (1).

En las Relations des Jésuites 1636. pp. 128-139 encontramos una larga e interesantísima narración de las ceremonias funerarias de los hurones, escrita por el Padre Brebeuf.

Entre otras cosas dice: «Después de cumplir con estos deberes (la preparación del cadáver) todos los que se encuentran en la cabaña principian a emitir suspiros, llantos y lamentaciones. Nadie, al verlos llorar y plañir, creería que estas eran sólo lamentaciones ceremoniales; unen las voces de un acuerdo en tono lúgubre hasta que alguien que tiene autoridad les manda cesar, y el capitán manda anunciar por todas las cabañas que fulano ha muerto. Cuando llegan los amigos, resúmen sus lamentaciones... El día del entierro toda la gente de esta y otras agrupaciones se reúnen y se renueva el llanto.

Parry, (2) Lyon (3) Klutschak, (4) Boas, (5) Nansen, (6) y

(1) BUSHNELL, DAVID I. The choctaw of Bayou Lacombe. St. Tammany Parish Louisiana, p. 27. Buletín número 48. Bureau of American Ethnology. Washington. 1909.

(2) PARRY. CAPT. WM. ED. Journal of a Second Voyage for the discovery of a Northwest Passage from the Atlantic to the Pacific performed in the years 1821-22-23 in his Magestys ships Fury and Hecla. London, 1824.

(3) The private journal of Cap. G. T Lyon of H. M. S. Hecladuring the recent voyage of discovery under Cap. Parry. London 1824; p. 369.

(4) KLUTSCHAK. HEINRICH W. Als Eskimo unter den Eskimos. Eine Schilderung der Erlebnisse der Schwatka, schen Franklin-Aufsuchungs Expedition in der Jahren 1878-1880. Leipzig. 1881. p. 21.

(5) The central Eskimo. ob. cit. p. 614.

(6) Eskimo Life. ob. cit. p. 249.

otros relatan que parecida costumbre prevalece entre los esquimales.

Aprendemos de Mc. Gee, que los indios seri hacen una lamentación nocturna después de la muerte en combate de sus guerreros o de sus mujeres (1).

El padre Techo (du Toict), cuenta que entre los diaguitas el entierro siempre se hacía con llanto y agrega que había plañideras profesionales que acudían a todos los entierros para hacerse cargo del duelo. Lozano confirma el hecho y dice que estas mujeres se llamaban *preficas*.

El entierro con llanto es todavía común entre los chiriguano y se repiten las lamentaciones periódicamente por todo el tiempo que dure el duelo.

Thouar, en la relación que hace de sus exploraciones en Sud América en busca de los restos de la misión Crevaux, dice que cuando muere un chiriguano, la viuda debe lamentar cinco o seis veces al día, durante la época del duelo, que generalmente se mantiene por un año.

Los zuñis también lloran al muerto durante la ceremonia de preparar el cadáver y en el entierro; las lamentaciones a la salida y a la puesta del sol continúan por algunos meses más, hasta que el jefe de la familia declara terminado el duelo.

Hennepín halló esta costumbre entre los sioux, (2) en la tribu Santee la misma que guardaban los huesos de sus antepasados, sacándolos una vez al año para limpiar y aceitarlos. También tenían la costumbre de saludar a los forasteros con llanto, costumbre a que tendremos que referir en seguida (3). Era tan arraigada entre ellos el hábito de plañir, o recitar con llanto y lamentaciones en todas sus ceremonias por trivial que fuesen, que los *voyageurs* (tramperos), canadienses

(1) The Seri Indians. ob. cit. p. 292.

(2) HENNEPIN, PADRE LOUIS.—La description de la Louisiane, nouvellement decouverte au sudouest de la Nouvelle France. Paris 1683.

(3) Véase también LAWSON, ob. cit.

les dieron el apodo de *pleureurs* o llorones (1). En este respecto eran igualados por muchas tribus de Brasil y del Chaco.

En Chile hasta hace poco, también se encontraba esta curiosa ceremonia. Ruiz Aldea nos ha conservado una buena descripción de la manera cómo lo practicaban los araucanos a mediados del siglo XIX. «El escuadrón mujeril representa por su parte otra escena no menos singular. Como entre los indios es desconocido el llanto, para suplirlo apelan a las mujeres plañideras, que tienen el oficio de llorar. Estas mujeres lloronas están sentadas en frente de las viudas del cacique; y como su oficio es llorar, de cuando en cuando sueltan el llanto a gritos, como si las tuviesen azotando, cuya pantomina imitan las otras con pestañeos muy rápidos para humedecer los ojos.

Cuando no hay plañideras, las mismas mujeres de la casa hacen el duelo, entonando un cántico lúgubre y patético; pero sin hacer los visajes ni representar la farsa de las otras. Estas pobres mujeres son las únicas que en aquella reunión manifiestan un profundo y verdadero dolor.» (2).

El día del entierro el féretro va precedido por las plañideras y las mujeres del cacique.

La misma cosa nos cuentan los cronistas de los siglos XVI, XVII y XVIII, y así vemos que no era una costumbre nueva adquirida después de la llegada de los españoles, sino que existía entre ellos desde tiempos anteriores.

No sabemos si las otras tribus de indios chilenos la practicaban igualmente; porque ninguno de los cronistas da detalles de los araucanos o tribus de ultra Bio-Bío.

Pero el Padre Ovalle, Molina, Núñez de Pincha, González de Nájera y Rosales, están acordes en que el entierro con llanto era una de las costumbres mapuches.

El Abate Molina dice al respecto: «Luego que uno ha

(1) HENNÉPIN. ob. cit.

(2) RUIZ ALDEA P.—Los araucanos y sus costumbres, Los Angeles 1868. Santiago 1902. p. 46.

muerto, sus parientes y amigos, sentados sobre la desnuda tierra, al rededor del cadáver, *lloran por un gran rato*, y después lo exponen vestido de su mejor ropa, sobre un alto átaud que llaman *pilluay*: así lo tienen toda la noche, la cual pasan *parte llorando*, y parte comiendo y bebiendo, en compañía de aquellos que han venido a consolarlos. Esta junta se llama *curi cahuin*, esto es, el convite negro, porque este color es también entre ellos símbolo de luto.

El día siguiente, y talvez el segundo, o el tercero después de la muerte, llevan el cadáver procesionalmente al *eltum*, o sea al cementerio de la familia, que por lo común es situado es un bosque, o sobre una colina. Dos jóvenes a caballo, corriendo a rienda suelta, preceden el acompañamiento. Los parientes principales llevan el ataúd, *el cual es rodeado de muchas mujeres que lloran al difunto a modo de las plañideras de los Romanos*. Otra mujer entre tanto, va esparciendo en el camino, detrás de el féretro, rescoldo, para que el alma no pueda volver más a la casa. . . . Hecho esto, *se despiden con mucho llanto del muerto*» (1).

Hasta ahora no se ha perdido la costumbre entre los araucanos y se ha arraigado de tal manera que no solo se nota en sus entierros y durante el duelo, sino que ha impermeado tanto su modo de ser, que aún en su oratoria no pueden desprenderse de la cadencia lúgubre y llorosa, y al oír sus discursos, uno que no entiende su lengua, se imagina que están lamentando sus desgracias o recordando incidentes de un gran pesar, tan triste es el sonsonete con que los pronuncian.

Guévara comentando la costumbre dice: «Es un llanto cantado en una escala que se desarrolla de las notas altas a las bajas y vice-versa. No se conoce entre las indias el llanto de sollozos, propio de los pueblos civilizados.

El concierto de lamentaciones de las mujeres alrededor

(1) MOLINA, ABATE JUAN IGNACIO—Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile, escrito en italiano y traducido al español por Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Madrid 1795. Tomo II págs. 90-91.

del muerto no es únicamente una práctica fúnebre, sino una serie de maldiciones contra el matador, mágicamente eficaces en algunas ocasiones; la venganza toma esta forma a falta de otra más positiva» (1).

No solo ha existido la costumbre entre los indios y otras razas primitivas, sino también entre los pueblos civilizados y en épocas, bastante recientes.

Era común entre los griegos y romanos, y no hace muchos lustros era igualmente común en España y en los países latino americanos. Todavía viven personas que recuerdan la práctica en Chile. Respecto al Perú reproduciremos algunos párrafos debidos a la pluma de Ricardo Palma: «Existió en Lima, hasta hace cincuenta años, una asociación de mujeres cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea como un chisme y con pespunte de bruja y rufiana. En España, dábanlas el nombre de plañideras; pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de *doloridas* o *lloronas*.

No bien moría un prójimo que dejase hacienda con qué pagar un decente funeral, cuando el albacea y deudos se echaban por esas calles de Dios en busca de la llorona de más fama, la cual se encargaba de encontrar a las comadres que la habían de acompañar.

El estipendio, según reza un añejo centón que he consultado, era de cuatro pesos para la plañidera en jefe y dos para cada una subalterna. Y cuando los dolientes, echándola de rumbosos, añadían algunos realejos sobre el precio de tarifa, entonces las doloridas estaban también obligadas a hacer algo de extraordinario, y este algo era acompañar el llanto con patatuces, convulsiones epilépticas y repelones. Ellas esperaban, la puerta del templo la entrada y salida del cadáver para dar rienda suelta a su aflicción de contrabando.

No concluía aquí la misión de las lloronas. Quedaba aún el rabo por desollar, esto es, la ceremonia de *recibir el duelo* en

(1) Psicología del Pueblo Araucano. ob. cit. p. 271.

casa del difunto durante treinta noches. Enlutábanse con cortinajes negros la sala y cuadra, alumbrándola con un fanal o guarda brisa cubierto por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz, o bien encendían una palomilla de aceite que despedía algo como amago de claridad; pero que realmente no servía sino para hacer más terrífica la lobreguez». (1).

Desde las siete hasta las ocho de la noche se reunían los amigos y amigas de la familia pero guardaban un profundo silencio, el que era interrumpido solo por las lamentaciones y jemidos de las lloronas.

Aún existe la costumbre entre los indios fueguinos del extremo sur del continente. Coazzi nos asegura que en la actualidad tanto los onas como los yahganes la practican. Al efecto escribe: «También entre los yahganes, como entre los onas, los parientes del difunto abandonan la choza en que murió, y abandonan por algún tiempo la localidad. Parece que no conservan largo y doloroso recuerdo de sus muertos, y que los gritos y las heridas que se hacen por la muerte de algún pariente son más bien efecto de costumbre que de verdadero dolor.» (2).

El hecho es confirmado por Cañas Pinochet quien dice: «cuando un indio está enfermo, sus compañeros de choza se ponen a cantar con una entonación triste y monótona, siempre repetida por largas horas.

Cuando el enfermo ha fallecido, los parientes y los amigos prorrumpen en gemidos lastimeros, acompañados por una melopea tierna y suave; rasgúñándose las piernas, haciéndose una serie de tajos, por los cuales derraman abundante sangre. Son las mujeres en especial las que manifiestan su dolor en esta forma. El llanto se prolonga por largas horas durante las cuales derraman abundantes lágrimas. Las lamentacio-

(1) PALMA, RICARDO. Las lloronas del Viérnes Santo. Cuadro tradicional de costumbres antiguas. Valparaíso, *La Patria* N.º 3,510, enero 15 de 1975; reproducido después en *Tradiciones Peruanas*.

(2) Los INDIOS del archipiélago Fueguino. ob. cit. p. 27. Segunda parte.

nes se oyen a larga distancia y producen impresión su misma monotonía y tristeza.» (1).

Es una costumbre tan repartida que casi no hay nación en el continente en que no se practica por algunas de sus tribus.

La encontramos en las regiones antárticas entre los fueguinos y en las más septentrionales entre los esquimales. La hallamos igualmente entre los colombianos y peruanos de las costas del Pacífico como entre las tribus que bordean el Atlántico; en la parte central del continente en ambos hemisferios; en las montañas y en los llanos.

Entre muchas tribus sobre todo entre las más salvajes del continente, el hábito está tan inherente en la psicología del indio que se hace patente en todos sus actos ceremoniosos en su manera de saludar a los forasteros o a los que han estado por largo tiempo ausente, como también en sus rituales religiosos y hasta en su oratoria.

No es, como han opinado algunos autores, una prueba de tristeza de la raza; porque se encuentra practicada por pueblos de más diverso índole y carácter y que en otras ocasiones son de alegre disposición.

Tampoco es especial a un sólo grupo de naciones como ha supuesto Friederici (2) talvez por insuficiencia de datos; porque como hemos visto, es una costumbre esparcida por todo el continente.

Es verdad que este etnólogo ha considerado sólo una fase de la cuestión; la relacionada con el *saludo* con llanto, como también lo hizo Schuller en su crítica del artículo. Ni el uno ni el otro se ha fijado que la costumbre que describen no es más que el corolario de otra mucho más generalizada y que se ha conocido no sólo en América sino también en Europa y

(1) CAÑAS PINOCHET ALEJANDRO, "La Geografía de la Tierra del Fuego y noticias de la antropología y etnografía de sus habitantes. Trabajos del IV Congreso Científico (1.º Pan Americano). Vol. XI. Trabajos de la III Sección. Tomo I. p. 362. Santiago de Chile 1911.

(2) FRIEDERICI GEORG, Der Tränengruss der Indianer. Globus. Tomo XXXIX N.º 2. pp. 30-40. Braunschweig 1906.

las demás partes del mundo. No se puede separar de una manera arbitraria las diferentes fases de una expresión psicológica, como ha tratado de hacerlo el etnólogo alemán. Todos los seis casos de saludos con llanto citados por él, eran observados en pueblos donde también existe el entierro y el duelo con llanto y donde es probable que otras ceremonias también se efectúan con lamentaciones. Es verdad que son muy numerosas las citas de las ceremonias funerarias en que toman una parte activa las plañideras, mientras que son más escasas las que mencionan el saludo con llanto; pero esta omisión no autoriza la opinión que sólo ha existido en una área limitada o entre pocos pueblos. Por otra parte existen muchas citas que parece haber ignorado Friederici, y encontramos la fase que le llamó tanto la atención mucho más repartida de lo que él sospechaba.

Por ejemplo entre los araucanos también se practica; pero la mayor parte de los cronistas y escritores omiten toda mención de ella.

Sólo Guevara nos da algunas noticias al respecto, dice: «Se ha podido comprobar que antiguamente se agregaba el llanto al saludo de parentesco o amistad. Esta costumbre alcanzó a llegar en forma atenuada a la época moderna.

El odio a la raza conquistadora y el orgullo guerrero, los obligaban a ocultar esta costumbre a los españoles; pero en su trato íntimo la practicaban como regla ordinaria.

A medida que el tiempo avanzaba, desde la conquista a nuestros días, el saludo con llanto iba perdiendo lentamente de intensidad».

En seguida da un caso concreto que le fué contado por un indio que lo presencié y termina diciendo que «antes de la pacificación de la Araucanía, aun se practicaba por ausencias cortas» (1).

No lo creemos muy difícil explicar el origen de tan extraña costumbre. Si estudiamos las seis tribus citados por Friede-

(1) Psicología del Pueblo Araucano, ob. cit. pág. 63.

ricie (charrúas, tupis, lenguas, tejas, caddos y santees), vemos que todos eran nómades o semi-nómades y que sus principales ocupaciones eran la caza y la guerra. Sucedió a veces que partidas de cazadores o guerreros se ausentaban de las tolderías, alejándose por distancias considerables y por períodos más o menos largos. Con frecuencia algún individuo perdía la vida durante la expedición, o moría algún miembro de los que se habían quedado en la toldería. En semejantes ocasiones, cuando se volvían a reunirse, era de rigor que todos lamentasen la pérdida, como nos enseña el padre Sánchez Labrador, quien dice que entre los mbaya «han de llorar todos los de la parcialidad, ceremonia que dura algunos días al amanecer y *que ni con los ausentes se dispensa. Cuando estos vuelven al toldo han de llorar manifestando a todos sus penas*» (1).

Es probable que esta idea forma la base del saludo con llanto y se prolongaría todo el tiempo que duraba el duelo, renovándose cada vez que llegaba a la toldería, una persona que no hubiese estado en el momento de la defunción, fuese o no de la agrupación. Poco a poco se iría cristalizando la costumbre hasta hacerse general como saludo para todos los que veían por primera vez o que les visitaba después de una prolongada ausencia.

El hecho de hallar esta costumbre tan repartida, no sólo en este continente, sino también en Asia y en Polinesia, hace evidente que no se trata aquí de una cuestión de contactos o relaciones, sino más bien de un estado psicológico inherente en los pueblos de civilizaciones no muy avanzadas.

Los pueblos de cultura primitiva no alcanzan a comprender el efecto de las enfermedades. Para explicar los males a que está sujeto el cuerpo humano, recurren a las ideas supersticiosas respecto de los poderes sobrenaturales y generalmente malignos de las ánimas, los demonios y aún de personas vivas, como los brujos, etc. Sus medios de comba-

(1) El Paraguay Católico. Tomo II: p. 46. ob. cit.

tir las enfermedades son casi siempre mágicos, destinados a contrarrestar estas causas por el exorcismo, por incantaciones o por acciones expiatorias.

Cuando a pesar de sus ritos, muere el enfermo, la ley de talión les obliga descubrir al malhechor que haya causado la muerte. Generalmente consideran necesaria la autopsia del cadáver a fin de averiguar quien fué el causante; operación ejecutada por los médicos; que son los principales practicantes de los ritos mágicos.

Generalmente se consideran como farsantes, estos médicos (o médicas) que se ocupan exclusivamente de engañar a sus clientes. Esto es verdad en parte y no cabe duda que con frecuencia abusan de la credulidad del vulgo para satisfacer venganzas personales, para fines políticos, para peculio o para otros motivos privados. Pero sería un error creer que son todos embusteros y que no existe ningún fundamento para su ciencia o prácticas.

Para juzgar estas, es preciso colocarse al nivel de sus oficiadores, y mirar las cosas desde el punto de vista de ellos. Hay que reconocer, antes de todo, el poder que los sueños ejercen sobre su mente. Para ellos son hechos reales, percibidos por sus propios sentidos y contra los cuales no hay apelación.

Las prácticas de los médicos casi siempre tienden a producir un sueño hipnótico, un emborrachamiento por medio de drogas, humo, narcóticos etc., estados de ánimo en que son muy predispuestos a las alucinaciones. En esta condición, producida artificialmente, ven personas, animales, seres grotescos o terroríficos y todas clases de visiones parecidas a las producidas por el *delirium tremens*.

Generalmente se imputa la culpa de la enfermedad o de la muerte a los seres que aparecen en estas visiones. A veces sucede que en este estado de éxtasis o de sueño hipnótico el médico ve a una persona conocida de la agrupación a que pertenece el difunto o de otra vecina. Denunciado el hechor, los parientes del muerto se preparan a tomar sumaria ven-

ganza que frecuentemente resulta en la muerte de la persona inculpada y origina una guerra de represalias entre una y otra familia o tribu.

Un hecho curioso relacionado con estas supersticiones es, que con frecuencia el acusado cree que puede haber cometido el crimen que se le imputa. Recuerda el autor de estas líneas que hace algunos años conversaba sobre este punto con un mapuche, a quien se le habían acusado de dañar con sus brujerías a otro indio de la misma reducción. Afortunadamente en este caso no murió el individuo; pero se despertó entre los parientes del injuriado un sentimiento tan hostil que el supuesto brujo tuvo que abandonar la agrupación.

Preguntándole si verdaderamente había cometido la superchería de que se le acusaba, contestó que no se recordaba, pero posiblemente durante un sueño lo había hecho, pues el machi (doctor) no tendría motivo para culparle si hubiese estado inocente, porque siempre habían guardado buenas relaciones.

La carrera de médico entre los indios no carece de peligros. Casi siempre se hace de enemigos, quienes se aprovechan de cualquiera oportunidad favorable para vengarse de él, venganza solo restringida por el temor de sus poderes sobrenaturales.

Entre algunas tribus el médico corre otro peligro. En el caso de que haya sido llamado para atender a algún cacique de importancia y este muere a pesar de sus artes, el mismo pueblo se encarga de correrle de la reducción y aun en ciertos casos de darle muerte por incompetente.

Esto sucede con frecuencia entre los fueguinos, los mbayas y otras tribus del Chaco, especialmente cuando mueren dos o tres enfermos en corto tiempo. Debido a esto, en muchos lugares el médico vive apartado de la tribu o aun en algunos casos se niega a atender a los enfermos de su propia agrupación y es casi el único freno que existe para que no abusen de los poderes con que la imaginación popular los dota.

Naturalmente, mezclado con sus supersticiones y con sus verdaderos conocimientos, se encuentran muchos engaños y patrañas voluntarias, especialmente los juegos de prestidigitación que emplean para mostrar a los expectadores los objetos como piedras, huesos, espinas e insectos que extraen de los enfermos y que aseguran hayan sido la causa de la enfermedad.

Acaecida la muerte, son numerosas y complicados los ritos y ceremonias que generalmente preceden el entierro, o última disposición del cadáver. Una de las preocupaciones principales es la de impedir que los demonios o espíritus malignos entren en posesión del cuerpo, y muchos de los ritos están destinados a ese fin. Los parientes rodean la habitación, o recorren la vecindad, a pié o a caballo, blandiendo sus armas en medio de una gritería y sonajera de instrumentos musicales, mientras los médicos hacen sus incantaciones para ahuyentar los espíritus o descubrir el culpable.

Otra preocupación, que daba lugar a muchas curiosas y bárbaras costumbres y ritos, era el temor que tenían algunas tribus del ánima del muerto, que resultaba en el alejamiento del difunto, y en el abandono o destrucción de la habitación que ocupaba.

Sin embargo, existían algunos pueblos que se empeñaban en dar toda clase de facilidades al ánima, para su libre tránsito y no temían su proximidad. No faltaban los que creían que el espíritu, bajo ciertas circunstancias, no podía escapar del cuerpo, y esto originó la costumbre de la trepanación *post-mortem* practicada por algunas tribus del antiguo Perú. La costumbre de trepanar el cráneo en el caso de enfermedades del cerebro era bastante común en esa región (1) y se derivaba de la idea de que el cuerpo estaba posesionado de un espíritu maligno, al que obligaban a salir por la perforación practicada en el cráneo del enfermo. Cuando moría el

(1) MUÑIZ, MANUEL ANTONIO and, MC. GEE, W. I. Primitive Trephining en Perú. XVI Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washig-ton, 1897.

enfermo antes de poderse hacer la operación, esta se hacía después de la muerte, para dar paso al espíritu encerrado.

Cráneos trepanados también se han hallado en las faldas de la cordillera argentina. Recordamos un caso citado por Aguiar, de un cráneo trepanado hallado en una antigua sepultura huarpe. Este cráneo había sido trepanado durante la vida del individuo y no le causó la muerte como era frecuente en esta clase de operaciones, porque los bordes del portillo practicado, demostraban señales de una parcial suturación posterior (1).

Muchas otras explicaciones traumatúrgas o terapéuticas se han dado como motivo de esta curiosa costumbre y es probable que muchas de ellas sean verídicas en ciertos casos; pero al mismo tiempo no cabe duda que la razón principal es la que hemos mencionado.

Esta idea se hacía extensiva a los objetos y encontramos en muchas partes la práctica de quebrar o de perforar (trepanar) los objetos enterrados con los muertos para que pueda escapar su ánima.

Ten Kate en un informe sobre sus excavaciones en el noroeste argentino dice que con frecuencia encontró perforaciones redondas en los objetos de cerámica desenterrados, o bien quebraduras al parecer intencionales. Al principio no dió importancia al hecho, pero asombrado por su frecuencia llegó a la conclusión de que se trataba de la costumbre común entre los shiwis de *matar la vasija* (2).

Baxter, citado por Ten Kate, hablando de este pueblo zuñi dice: «Salvo que la urna mortuoria se haya fabricado especialmente para este propósito, es *muerto* por la perforación de un portillo en el fondo, o por la quebradura parcial;

(1) Los Huarpes, ob. cit. pág. 292.

(2) TEN KATE, HERNAN.—Rapport Sommaire sur une Excursion Archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta.

Revista del Museo de la Plata. T. V. pp. 347. 358.

para permitir escapar su alma con la de la persona que contiene» (1).

Cushing trata en detalle la misma cuestión (2).

Ambrosetti cita todos estos casos y dice que en Pampa Grande encontró la misma costumbre en siete sepulturas y publica entre los grabados de su obra las fotografías de las piezas en referencia (3). En la Paya encontró ollas nuevas quebradas al enterrarlas (4).

El Dr. Fonck descubrió la misma costumbre en Chile y refiere el número de objetos hallados por él, en las diversas sepulturas examinadas, que al parecer habían sido quebrados intencionalmente antes del entierro. Estos objetos consistían especialmente de morteros de piedra (5).

Medina dice que entre los objetos más usuales en las sepulturas de los indios chilenos debemos contar muy especialmente la piedra de moler, que según parece, *se quebraba en señal de duelo*, pues en todas las huacas hemos encontrado siempre roto este utensilio» (6).

Nordenskiöld observó la misma costumbre en Perú y Bolivia (7).

En aquel epítome de costumbres curiosas, *El Paraguay Católico*, donde encontramos una explicación lucida de tantas cosas extrañas, el Padre Sánchez Labrador nos da una detallada descripción de los entierros de los payaguás. Entre

(1) BAXTER SYLVESTER.—The Old New World. An account of the Hemmenway Southwestern Archaeological Expedition. Salem. 1888.

(2) CUSHING T. H.—Compte-rendu de la septième session du Congrès International des Américanistes a Berlin. 1888. pp. 172-174.

(3) Pampa Grande. ob. cit. pp. 43-45.

(4) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de La Paya. Dos tomos. Tomo I, p. 165. Buenos Aires. 1907.

(5) FONCK, FRANCISCO.—La Región Pre-histórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu. Valparaíso 1910.

(6) MEDINA JOSÉ TORIBIO.—Los Aborígenes de Chile. p. 259. Santiago 1882.

(7) NORDENSKIÖLD ERLAND.—Arkeologiska undersökningar i Perus och Bolivias gränstrakter. 1904-1905. Upsala y Stockholm. 1906.

otras cosas dice: «Lo que no se puede penetrar es por qué debajo de los cántaros grandes había dos o tres chicos de la misma forma; también por qué unos tenían suelo (fondo?) y otros no; y finalmente por qué en todas las sepulturas *estaba un cántaro de éstos con tres agujeros*, uno a un lado, otro en medio y otro en el fondo. *Ofrecióse que dichos agujeros servían para que el espíritu metido en su tinaja, tenga sol, viento y comodidad para registrar lo que pasa por afuera y por dentro de la sepultura, cuando gustare vivir en retiro* (1).

Goeldi hace referencia a la costumbre, que encontró entre los cunanis de la Guayana holandesa y dice que encontró un lebrillo que tenía pequeños agujeros en el fondo (2).

Mc. Gee hablando de esta costumbre entre los indios seris de California dice que la práctica «expresa la idea de *matar el objeto que sirve para los sacrificios mortuorios*, para asimilarlos a la condición del difunto; como también la intención subentendida de preservar el sepulcro contra depredaciones» (3).

El profesor Uhle, por otra parte, cree que la mayor parte de las piezas de alfarería perforada que se hallan en las tumbas, han sido horadadas para permitir las libaciones, pero aun cuando admitimos que en algunos casos este puede haber sido el motivo, no creemos que lo era en general. Los testimonios son demasiado numerosos para que todos los observadores se hayan equivocado, sobre todo si tomamos en cuenta que la costumbre se hacía extensiva a tantos otros objetos como morteros, arcos, flechas y otras armas que en ningún caso podrían haber servido para libaciones. Hemos visto en otro capítulo, como entre algunas tribus era muy generalizada la costumbre de romper los objetos sepultados con los muertos para permitir que escapasen sus ánimas.

Obedece la misma orden de ideas, la costumbre de dejar

(1) Ob. cit., Tomo II. p. 94.

(2) GOELDI E. A.—Memoria del Museu de Historia Natural y Etnologia do Para. 1900.

(3) The Seri Indians. ob. cit. p. 291.

aberturas en las tumbas para el libre egreso e ingreso de las ánimas (1), de dejar intactas las habitaciones y ajuar antes ocupadas por el muerto, para que las halle listas para su uso si el espíritu desea volverlas a visitar.

Con el tiempo el temor a las ánimas desterró estos sentimientos hospitalarios y aun cuando guardábanse toda clase de consideraciones y respeto a las supuestas necesidades del difunto, sin embargo, se tomaban todas las precauciones posibles para asegurar su permanencia en la sepultura, o por lo menos para impedir que su alma volviera a la tierra de los vivos.

Con este objeto inventaron varios métodos de asegurar el cadáver. A veces lo amarraban fuertemente con sogas, o bien lo envolvían en muchas fajas o mantas y aun lo cosían dentro de bolsas de cuero. Hacían sepulturas hondas, las que cubrían con montones de tierra o de piedras; encerraban el cadáver en cajones, ataúdes o urnas y algunas tribus incineraban sus muertos y guardaban solamente las cenizas. Vestigios de la mayor parte de estas costumbres todavía sobreviven entre las naciones más civilizadas.

Enterrábanse juntos con el cadáver, alimentos, ropa, armas, utensilios de su profesión, o caseros y con frecuencia se sacrificaban sus mujeres, esclavos y animales favoritos para que no se sintiera olvidado o abandonado en su nueva morada.

La atención a sus necesidades no terminaba con esto. Como los vivos necesitaban comer a menudo, así también lo harían los muertos; como a aquéllos les gustaba reunirse en banquetes y fiestas, éstos también tendrían los mismos gustos. En consecuencia, se renovaban las ofrendas de comidas y bebidas y la sepultura a menudo llegaba a ser el punto de reunión de los deudos en sus ocasiones festivas.

(1) WEINER CHARLES.—Pérou et Bolivie. Paris 1880. p. 537. Habla de las ventanas dejadas en las tumbas del cerro de Sigsá para el paso del muerto,

Cieza de León nos pinta un interesante cuadro de cómo los indios de Ecuador precavían estas libaciones póstumas. Después de describir su modo de entierro, prosigue: «Hecho esto, ponen encima de la sepultura una caña de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes, y como sean estas cañas huecas, tiene cuidado a sus tiempos de les echar deste brebaje, que éstos llaman azúa, hecho de maíz o de otras raíces; porque, engañados del demonio, creen y tienen por opinión (según yo lo entendí dellos) *que el muerto bebe deste vino que por la caña le echan*» (1).

Describe también una costumbre parecida practicada por los collas (aimaras), «haciendo con sus ilusiones demostración de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parciales que los veían adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas; y para echar más carga a sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto a las sepulturas, y queman mucho sebo de corderos; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana (2).

Zárate dice que en el Perú tenían la misma costumbre que describe Cieza en el Ecuador; «los parientes derramaban sobre el lugar de la sepultura, esa bebida que llaman chicha, la que por medio de unos tubos llegaba hasta la boca del muerto» (3).

La costumbre de renovar las ofrendas es muy común por toda la América y no tenemos para qué ir detallando tribu por tribu, las que la practicaban.

Los esquimales según Boas, visitan las sepulturas tres días después del entierro y dan tres vueltas al rededor de

(1) Crónica del Perú. ob. cit., cap. LI.

(2) Crónica del Perú, ob. cit., cap. CL.

(3) ZÁRATE AGUSTIN.—Historia del descubrimiento y conquista del Perú. Tomo I. Libro I. Cap. 12.

ella, conversando con el muerto y prometen llevarle alimentos. Preguntan si ha tenido bastante que comer, si ha llegado a la tierra de las sombras, si se encuentra bien de salud, etc. Estas visitas se repiten un año después de la muerte y llevan a veces alimentos para el ánima del difunto los que este debe devolver con creces (1).

Las tribus del Chaco también renuevan las esteras con que cubren las sepulturas, para impedir que entre el agua durante las lluvias y que sienta frío el difunto.

Tampoco faltan costumbres parecidas entre los araucanos. Entierran con los muertos todo lo que creen puede hacerles falta y renuevan las libaciones y ofrendas un año después.

La manera de disponer de la propiedad de los difuntos varía según la tribu o nación. Las que tienen más miedo de las ánimas, creen que si guardan en su posesión los objetos que han sido del muerto, da a este cierto poder sobre ellos y si, como es probable, se enoja por esta causa, puede causarles mucho daño. Para evitar que esto suceda, se queman o se destruyen todos los bienes del difunto y algunas tribus llevan tan lejos la práctica que aun llegan a matar los animales que deja (2). Otras tribus venden dichos bienes en agrupaciones apartadas, donde los moradores no tienen conocimiento de la defunción, o donde creen que no han de llegar las ánimas. Esta costumbre se practica por los araucanos. Algunos pueblos creen que las ánimas de los muertos sólo pueden ejercer sus influencias sobre los de la misma familia o sangre. Entre ellos los bienes que deja el difunto (salvo los que se entierran con el cadáver) son repartidos entre los extraños que asisten a los funerales. Entre los shastas de California y muchas otras tribus donde la sucesión se cuenta por línea materna, el marido no hereda las posesiones que deja su mujer y estas vuelven a las parientes consanguíneas de ella (3).

Las mujeres de un hombre casado eran consideradas como

(1) The Central Eskimo, ob. cit, p. 614.

(2) *An Unkenown People*, ob. cit. pp. 162-169.

(3) HALE HORATIO.—*Ethnology and Philology*. Philadelphia, 1846.

de su propiedad personal y entre muchas tribus la disposición de ellas después de la muerte de su marido dependía en gran parte de las ideas animísticas del grupo a que pertenecían. A veces eran sacrificadas sobre la sepultura del difunto o enterradas vivas en la tumba. La mayor parte de los pueblos les concedían libertad para contraer nuevo matrimonio después de haber terminado el duelo y de haber cumplido con el *tabú* o las restricciones impuestas por la costumbre en tales casos. Empero, en algunas partes donde la idea de la propiedad se extendía hasta incluir las mujeres, estas se heredaban junto con los demás bienes dejados por el finado. Entre algunas tribus los herederos eran los hijos del difunto y en este caso la madre del beneficiado se exceptuaba y recobraba su libertad. En otros casos eran los hermanos del muerto los que heredaban y todas las mujeres que dejaba este incluso las hijas, pasaban a formar parte de la familia del nuevo dueño.

Esta costumbre existía hasta hace poco entre los araucanos, pero en la actualidad ha caído en desuso.

La costumbre de la purificación de los que preparaban el cadáver o que de algún otro modo se ocupaban directamente en la ceremonia fúnebre, era muy generalizada entre muchos pueblos. En la mayoría de los casos la ablución desempeñaba el principal papel en estos ritos y los contaminados se lavaban y se bañaban en agua fría o caliente. La ceremonia de purificación era de rigor entre las tribus del Chaco; pero otras, como los araucanos, se preocupaban muy poco de semejante rito.

Una costumbre practicada por varias tribus de las costas del Pacífico, desde Alaska hasta el Perú, era la de cubrir la cara del difunto con una máscara. Las máscaras mortuorias se fabricaban de diferentes materiales, empleándose la madera, las pieles, el metal, etc. y eran por la mayor parte adornadas o engalanadas con pintura, piedras de colores, plumas, colgajos de lana y otras cosas. No se sabe a ciencia cierta el origen de esta costumbre, algunos etnólogos creen

que nació en el deseo de engañar a la muerte cuando venía a buscar al moribundo; pero estimamos que debe desecharse esta idea por cuanto el hombre primitivo no conceptuaba la idea abstracta de la muerte y por consiguiente no podía atribuirle funciones alegóricas.

Es más probable que se derivó de la costumbre de acompañar al muerto con todos los objetos de su uso personal o que podrían serle de utilidad en la otra vida. Como entre las naciones de las costas del Pacífico, sus principales fiestas, ceremonias y ritos eran intimamente ligadas con las representaciones dramáticas, en que la máscara jugaba un importante papel; sería considerado una falta muy grave que se omitiera del ajuar funerario un objeto tan esencial.

Esta costumbre se practica especialmente en el litoral del Pacífico; sin embargo se encuentra esporádicamente en otras regiones de América, al este de la gran cordillera que cruza de norte a sur todo el continente; como por ejemplo entre los zuñis y los mexicanos, en Yucatán, en la región diaguita-calchaquí y el interior de Brasil.

A veces sucede que la máscara, no es artificial, sino hecha de la piel de la cara humana, con o sin los huesos e integumentes, preparada de una manera especial para conservar en cuanto sea posible las verdaderas facciones del individuo, cuyo cráneo servía para este fin.

Frecuentemente para fabricar esta clase de máscara no se removía sino la parte posterior del cráneo, dejando la cara y el cuero cabelludo intactos.

La más conocida de las máscaras de esta categoría es probablemente la que existe actualmente en el Museo Británico en la colección Christy, llevada a España un poco después de la Conquista, desde México.

Excelentes reproducciones de esta máscara que está incrustada con piedras preciosas y fragmentos de concha, existen en numerosas publicaciones, de las cuales citaremos la obra, *Monuments Anciens du Mexique* por el Abbé Brasseur

de Bourbourg. (Plancha 43 p. VIII, y *Mexican Archaeology* por Thomas A. Joyce. (London 1914, frontispicio).

Reiss y Stübel en su publicación sobre el Necrópolis de Ancón en el Perú, figuran varias momias con la cara cubierta de máscaras (1) y Uhle en un estudio sobre la misma región dice que entre los objetos extraídos de las tumbas más antiguas del llano, encontró momias con máscaras de madera del estilo de Tiahunaco (2).

Los Mexicanos según Gomara ponían una máscara al cadáver de sus reyes: «Poniale una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas».

Después de incinerados los restos del monarca hacían una figura de bulto, muy ataviada con ricos vestimentos y joyas y colocaban una máscara. Esta figura se sepultaba junto con la urna que contenía las cenizas del difunto (3).

Los esquimales de Alaska, como también los aleutianos ponen máscara de madera sobre la cara de los muertos. Dall dice que los aleutianos lo hacían para protegerlos contra la mirada de los espíritus durante su viaje al país de los muertos (4).

Los hopis fabricaban máscaras de algodón crudo que representaban nubes y con ellas cubrían la cara de los difuntos.

Decían que era un rito simbólico, porque los muertos eran los que se preocupaban de las lluvias y veían que estas cayesen a su debido tiempo (5).

(1) REISS W. UND STUBEL A.—Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Berlin 1880-1887. planchas 14. 15. 18. 19.

(2) UHLE MAX.—Die Muschelhügel von Ancon, Perú, ob cit. p. 34 y 44.

(3) Conquista de México. ob. cit. p. 436-437.

(4) DALL, WILLIAM HEALEY.—On Masks, Labrets, and certain aboriginal customs, with an enquiry into the bearing of their Geographical distribution. III Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. 139. Washington. 1884.

(5) FEWKES JESSE W. The group of Tusayan Ceremonials called Katcina. XV Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. 312. Washington. 1897.

En Chile también se han encontrado máscaras mortuorias. Recordamos el caso de un niño cuyo cadáver se encontró en una sepultura de Punta Pichalo. La cara se cubría de una mascarilla de tierra verde mezclada con una substancia resinosa, dura y compacta y adornada de una larga cabellera.

En el Museo Nacional de esta ciudad se encuentran varias máscaras de madera y una formada de la concha de una tortuga, todas procedentes de sepulturas de diferentes partes del país. No sabemos si en estos casos fueron colocadas en la cara de los muertos o simplemente enterrados con el cadáver como parte del ajuar fúnebre.

Otra costumbre que practicaban algunas tribus era la de colocar sobre las sepulturas, figuras de madera de forma humana, que probablemente representaban las personas enterradas allí.

Dichas figuras eran generalmente toscas y de poco mérito artístico y a veces se reemplazaban por representaciones de otras cosas y en algunos casos por cruces. Estas últimas son generalmente de época post-española y denotan influencias cristianas, pero al mismo tiempo está bien comprobado el empleo de la cruz como símbolo y adorno antes de la conquista.

Según Gomara, cuando los españoles llegaron a Yucatán, hallaron cruces de latón y de palo colocadas en las sepulturas indígenas (1). Elisée Reclus nos cuenta que entre los chibchas, los que morían de la mordedura de culebra eran enterrados, poniéndose además una cruz sobre el túmulo funerario (2).

Los araucanos todavía colocan estas figuras de madera sobre sus sepulturas, pero varían en forma según la localidad. Smith en su viaje por la Araucanía en 1853 dedicó especial atención a los diferentes tipos de sepulturas que vió. Describe varias de estas figuras.

(1) *Historia de las Indias*. ob. cit. p. 184.

(2) *Geografía de Colombia* ob. cit. E. Reclus.

Dice: «La comarca situada entre los ríos Cholchol y Cautín es fértil y bien poblada. Son numerosos los cementerios y notamos otra diferencia más en la manera de distinguir las sepulturas; las cuales en vez de indicarse por cierros de tablones, se señalan por postes toscamente labrados y adornados en su parte superior; algunas con una figura parecido a un sombrero de copa y otros con una escultura, que con un poco de imaginación puede describirse como aguilas de dos cabezas.

No pude averiguar lo que quería representar esta última figura; pero es indudablemente la misma vista por los españoles cuando visitaron esta región, por primera vez. Concluyeron que representaba el águila imperial de Austria y le sugirió el nombre de Imperial que dieron a la ciudad que fundaron en la vecindad» (1).

Más al sur el mismo viajero vió otro tipo de figura. Encontró un grupo de sepulturas que supuso pertenecía a un cacique y a sus mujeres en número de ocho o diez. «Sobre cada sepultura se había plantado un tronco de diez o doce pies de alto, rudamente esculpido para representar el cuerpo humano. El cacique—porque sin duda habría sido algún jefe—se encontraba en el centro del grupo, sin más vestido que un sombrero y una espada, y por ambos lados estaban alineadas sus mujeres *in puris naturalibus*. Cualquiera que fueran las otras faltas en que había incurrido el escultor, no había dejado lugar a duda respecto del sexo de sus figuras y esto parece haber sido su principal empeño» (2).

Los esquimales del estrecho de Bering también colocaban postes esculpidos sobre las sepulturas. Decían los naturales que las levantaban en memoria de aquellas personas que habían muerto en el mar y cuyos cadáveres no se habían vuelto a ver (3).

(1) The Araucanians. ob. cit. p. 290.

(2) The Araucanians. ob. cit. p. 309.

(3) The Eskimo about Bering Strait. ob. cit. p. 318.

Champlain dice que los algonquines plantaban postes sobre las sepulturas y que los pintaban de rojo en la parte superior. El mismo autor, hablando de los ottowas de la isla de Alouettes, dice que pintaban o esculpían los postes con una grosera representación de la persona enterrada. A veces cubrían la sepultura con tablones en los cuales pintaban el retrato. Si el sepultado era hombre, le dibujaban con su rodela, una lanza y una macana, un arco y flechas; le colocaban una pluma en la cabeza y si era cacique le agregaban la insignia de su rango. Cuando se trataba de un niño solo pintaban una flecha y si fueran mujeres y niñas las sepultadas, representaban teteras, ollas, cucharas u otros utensilios domésticos y un remo, porque las embarcaciones se tripulaban por las mujeres (1).

Los crees esculpían la efigie de los muertos distinguidos y la colocaban sobre la tumba. Pintaban y engrasaban la imagen periódicamente en el mismo estilo como acostumbraba hacer con el individuo antes de su muerte. Esta costumbre también la practicaban los dakotas y otras tribus de sioux.

Los algonquines y otros indios de Alaska y Colombia Británica colocaban sobre las sepulturas postes esculpidos que representaban los animales o aves que eran sus *totems*.

Los playsanos (sección de la tribu kauvuya) de California del Sur, levantaban tablones sobre las tumbas y los pintaban con pictografías que indicaban las buenas cualidades del muerto. A veces usaban lajas de piedra, las que grababan con los mismos símbolos (2). Los menominis, los chinooks y muchas otras tribus acostumbraban señalar las sepulturas

(1) CHAMPLAIN LESIEUR SAMUEL DE.—*Les voyages de la Nouvelle France Occidentale, dicté Canada, faits par le Sr. de Champlain Xaintangeois, Capitaine pour le Roi de la Marine du Ponant, & toutes les Descouvertes qu'il a faites en ce país depuis l'an 1603 iusques en l'an 1629.* etc.

Primera edición. París 1632.

(2) MALLERY, GARRICK.—*Picture Writing of the American Indians.* Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. 519. Washington, 1899.

con postes pintados o esculpidos. Schoolcraft describe los postes usados por los sioux y chippewas y hace notar que los totems representados en ellos se hallan invertidos en señal de la muerte de los individuos a que pertenecían (1).

Se podría llenar volúmenes enteros con relaciones de las diferentes costumbres encontradas en las varias regiones de América. Muchas de ellas se encuentran repartidas entre diversas tribus en diferentes partes del continente. Otras son locales y algunas se encuentran esporadicamente en zonas aisladas. A menudo se puede trazar la línea que han seguido en su migración, pero frecuentemente no hay indicio de que las diferentes tribus que las practican hayan estado en contacto unas con otras o que se deben a las mismas influencias.

La índole de todos los pueblos no es igual y los fenómenos de la naturaleza no se presentan siempre bajo el mismo aspecto; de modo que no es de extrañarse al encontrar tantas distintas creencias agrupadas al rededor de una manifestación tan misteriosa como la muerte.

No es fácil dar una explicación satisfactoria de todas las costumbres y supersticiones que observamos y por el momento solo se puede decir que la mente de los pueblos primitivos obra independientemente, y sus ideas se forman bajo una multitud de condiciones que no siempre son iguales o parecidas y así da lugar a la gran diversidad que en ella notamos. Por otra parte, cuando las condiciones son semejantes, encontramos un paralelismo entre la mentalidad de pueblos que viven muy apartados unos de otros. Esta semejanza se nota no solo en su modo de pensar, sino también en sus inventos, sus costumbres, sus industrias, su técnica y en todas las múltiples actividades de su vida diaria y es lógico encontrarla también en sus costumbres mortuorias y en la lenta evolución de sus ideas respecto del animismo y de la vida futura.

(1) SCHOOLCRAFT, HENRY R.—Information respecting the History Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States, Tomo II p. 54. Philadelphia.



CAPITULO VI.

EL DUELO Y EL TABÚ.

Los afectos entre los pueblos primitivos.—Exteriorización.—Cortar las articulaciones de las extremidades en señal de duelo.—Otras mutilaciones.—Baños para disminuir el pesar.—Cortar el pelo en señal de duelo.—Tiznar la cara y el cuerpo.—Supersticiones.—Tabú.—Prohibiciones impuestas a los viudos y a las viudas.—El duelo entre los esquimales.—Curiosas costumbres al respecto.—El llanto en el duelo y en el saludo.—Apreciaciones al respecto.—Costumbres de los fueguinos.—Las costumbres de los pueblos primitivos semejantes por el mundo entero.

Algunos escritores presumen que la sensibilidad de los afectos entre los pueblos primitivos es menos desarrollada que entre los civilizados y que sus sentimientos son más superficiales y poco duraderos. Citan en prueba de ello muchas de las costumbres que hemos pasado en revista; costumbres que nos parecen crueles y horribles. Sin embargo no es fácil saber hasta qué punto sean exacta estas apreciaciones.

Las acciones de los salvajes y los semicivilizados se rigen

por una serie de factores que no tienen fuerza entre la gente de mayor desarrollo psíquico. No por eso debemos desestimarlos, porque tienen un valor real para los que se encuentran en otro ambiente mental.

Muchas veces las tribus, que practican costumbres bárbaras para con los enfermos y agonizantes, lamentan muy de veras la muerte de los a quienes se sienten obligados a ultimar, pero la superstición y las leyes sociales que inculca pueden más que el sentimiento personal y las prácticas originadas en el temor o el instinto de la preservación siguen su curso. Las costumbres del duelo y del *tabu* o la sanción moral impuesta a los deudos del muerto por el sentimiento popular, nos enseñan que no carecen de afectos familiares aun cuando por sus hechos aparentan no tenerlos.

Debe recordarse que entre los pueblos poco cultos, la expresión de los sentimientos se exterioriza por medio de privaciones, sacrificios, mutilaciones voluntarias y otros medios que a menudo nos parecen absurdos o bárbaros. Algunos pueblos, tanto en Norte como en Sud América cortaban una articulación de los dedos de las manos o de los pies cuando moría uno de sus deudos y entre ellas se encuentran individuos que han perdido de esta manera la mayor parte de sus extremidades digitales.

Varias tribus del Chaco practicaban esta costumbre. Los charrúas; pueblo desaparecido, que ocupaba la Banda Oriental de Uruguay también se mutilaban en señal de gran dolor: por cada pariente que moría se cortaban la articulación de un dedo de la mano o del pie (1). Lafone Quevedo dice que los mbeguas, y timbues tenían esta práctica (2) como también

(1) LOPEZ DE SOUZA, PEDRO.—*Diario da Navigação* (de 1530 a 1532).edic. F. A. Varmhage (*Revista Trimensal do Instituto Histórico Geográfico o Ethnográfico do Brazil.*) Tomo XXIV. Río de Janeiro, 1861.

(2) LAFONE QUEVEDO SAMUEL A.—*Etnologia Argentina*. La Universidad Nacional de La Plata en el IV Congreso científico (1.º Panamericano) Buenos Aires 1909. p. 190

la tenían los yaros según Techo (1) quien agrega que «a algunos de estos indios faltaban todos los dedos de las manos.»

Lafone Quevedo opina que los mocoretaés derivaban su nombre de esta costumbre. Dice: «En Mocoretá yo advierto la raíz *Mbo*=mano, y hetá o etá=cercenado=que le falta: sin duda un apodo de gente que se cortaba los dedos, como los charrúas y algunos timbues» (2).

Madero, citando a Ramírez habla de esta costumbre entre los timbues: «Las mujeres de los timbues tienen por costumbre cada vez que se les muere algún hijo ó pariente cercano se cortan una coyuntura de un dedo, y tal mujer, ay de ellas, que en las manos ni en los pies no tienen cabeza en ningún dedo, y dicen lo hacen a causa del gran dolor que sienten por muerte de tal persona» (3).

Famin dice que además de esta bárbara costumbre las mujeres charrúas se cortan la piel y las carnes de los brazos y de las piernas en signo de duelo (4).

La costumbre de mutilarse en señal de duelo y pesar también se encuentra entre algunos tribus de Norte América. Mooney dice que durante el verano de 1892, los Kiowas fueron visitados por una epidemia de alfombrilla que causó grandes estragos entre las tribus. «La condición de los indios era lastimosa en extremo; casi todas las mujeres tenían el pelo cortado completamente, y habían hecho profundos tajos con cuchillos en los brazos y cara en señal de duelo; mientras algunos *habían cortado un dedo* como prueba de dolor por la pérdida de algún hijo predilecto» (5).

(1) TECHO, NICOLAS DEL.—Historia de la Provincia de Paraguay. Libro VII. cap VII.

(2) LAFONE QUEVEDO SAMUEL A.—La raza pampeana y la raza guaraní. 1.^a Reunión del Congreso Científico Latino americano Tomo V p. 45. Buenos Aires, 190.

(3) MADERO, E.—*El Puerto de Buenos Aires*. p. 342. Buenos Aires 1900.

(4) FAMIN, CÉSAR —Chile, Paraguay, Uruguay, Buenos Aires.

(5) MOONEY JAMES.—Calender History of the Kiowa Indians. XVII Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. 363. Washington 1898.

Los numerosos pueblos que forman la gran familia sioux incluyendo los dacotas, asiniboinos, omahas, ponkas, osages, kansas, kwapas, iowas, otos, missouris, winnebagos, mandans, hidatsas, crows, tutelos, biloxis, catawbas, y otros son especialmente adictos a mutilarse y lacerarse, no sólo en señal de duelo, sino también en todas sus ceremonias rogatorias (1).

Smet, hablando de algunas de estas tribus (mandans e hidatsas) y también de los arikaras de la familia caddo, dice:

«Cortan sus dedos y hacen profundas incisiones en las partes carnosas del cuerpo, antes de partir a la guerra, para obtener los favores de sus falsos dioses. En la ocasión de mi última visita a los ricaries, minataries y mandans no pude encontrar a un solo hombre, algo avanzado en años, cuyo cuerpo no fuese mutilado, o que poseyera el número completo de sus dedos» (2).

Hablando de los assiniboinos prosigue: «Algunos queman tabaco y presentan al gran espíritu las mejores presas de la carne de búfalo, echándolas al fuego; mientras otros hacen profundas incisiones en las partes carnosas del cuerpo y aun cortan las primeras articulaciones de los dedos para ofrecerlas como sacrificio» (3).

Seler en su trabajo sobre las antigüedades de Guatemala, habla de las excavaciones efectuadas por Sapper y Dieseldorff, en La Cueva cerca de Santa Cruz y dice que hallaron numerosas vasijas de greda que contenían falanges de dedos humanos, pero supone que eran trofeos quitados a los enemigos muertos o prisioneros (4).

Los indios sacs se preocupan mucho de las demostraciones exteriores de su pesar para los deudos o amigos que mueren. Estas consisten en ennegrecer la cara con carbón, en ayunar, en no usar el rojo de sus pinturas corporales, y en abstener

(1) DORSEY.—A study of Sionan Cults. ob. cit. p.

(2) SMET.—Western Missions and Missionaries. ob. cit. p. 92.

(3) SMET.—Western Missions and Missionaries ob. cit. p. 134.

(4) STEVENSON.—The sia. ob. cit. p. 145.